

### Los corrales del Roble

Algunos de vosotros pensareis que Alcubilla tiene un término muy grande, e incluso difícil de recorrer, pero yo os digo que no hay palmo en todo el término que no tenga ojos, y eso que en total somos cuatro gatos.... mal contados.

Subía por la calleja de la cuesta, al lado del carretero, hacia las bodegas. De reojo miró la lagareta y le pareció que cada día ofrecía menos garantías de permanecer en pie. Subió hacia arriba y anduvo hasta situarse al otro lado de Cierralacuesta. Allí, medio escondido en el inicio del Barrancazo estuvo un buen rato, entreteniéndose en grabar sus iniciales en una chaparrita joven con la navajilla que le había regalado su abuelo. Allí había quedado en esperarla, y lo mejor de todo es que nadie le había visto llegar.

Un buen rato más tarde la vio aparecer por el camino, andando como descuidadamente, como si no estuviera buscando nada, y menos a él. Él la llamó casi en silencio cuando estaba a su lado, y ella giró su cabeza ligeramente para preguntarle inquiridoramente: - ¿estás solo? - ¿Te ha visto alguien? Él le prometió por activa y por pasiva que estaban solos y que nadie sabía que allí se encontraban.

Finalmente, aunque sin demostrar una gran credulidad en lo que él decía, acordaron que ella andaría por el camino hasta los corrales de El Roble, y que él al cabo de unos minutos la seguiría, pero despacio, sin darle alcance, y que se guardarían muy mucho en el caso de encontrarse a alguien. Así lo hicieron, y ella, emprendió el camino con paso rápido pero sin correr.

Él la seguía un buen trecho atrás, entrando y saliendo del camino al monte, escondiéndose tras cada encina, y mientras caminaba iba dando vueltas a su cabeza a todo lo que iba a pasar. Ella le había prometido que 'lo' iban a hacer. Aquel domingo por la tarde le parecía el día más importante de su vida. No tenía muy claro que es lo que iban a hacer, pero algo bueno sería, cuando todos hablaban maravillas de ello. Lo poco que sabía es que las mujeres tenían un 'roto', como el resto de los animales hembras, que en ese 'roto' pues había que entrar con la 'cosa', y al cabo de un rato de moverse, adentro y afuera, eso era 'mucho bueno'. Estaba intrigado absolutamente por todo, por como sería el 'roto' de una chica, y como sería posible que el 'roto' se ajustara a su 'cosa', y que no fuera más grande o más pequeño, porque su 'cosa' a veces era más grande y otras más pequeña. Y también sabía que había que ir con cuidado, porque así era como las ovejas, las cerdas, y las perras se quedaban preñadas, lo que ya no tenía tan claro era cual debía ser el cuidado.

No habían sido pocas las veces que había practicado el correcales con los perros enganchados, y que no se podían soltar, y una buena pedrada y la hembra salía corriendo arrastrando al macho de cualquier manera, que no paraba de aullar, mientras la otra corría despavorida. Tenía miedo que le pasara algo parecido a él, y ¿si después no se podía desenganchar?, solo pensar de ir a casa de aquella guisa le hacia correr un sudor frío por la frente, más, al imaginarse que algún chicazo les viera, soltara una pedrada y ella saliera corriendo, y él arrastras detrás, ¡qué susto! Y ¡qué daño!

Subió el último repecho con más ansia que otra cosa. Le había costado mucho conseguirlo, convencerla, y ahora no se podía echar atrás, aunque le daba un cierto reparo, quería seguir con ello adelante, además le habían dicho que no sería hombre hasta que no lo hiciera con una chica, pero a sus once años seguía sin saber que debía hacer exactamente.

Ella le esperaba escondida dentro del corral de atrás, antes de entrar miró a un lado y al otro, asegurándose que no había nadie, y al final entró corriendo. El tufo a oveja era insoportable, ella estaba tapándose la nariz y le dijo que allí no, de ninguna manera, ni se iba a estirar en el suelo, ni iba a estar allí más tiempo del que necesitaba para salir. Y así lo hizo, salió de estampida del corral y él detrás de ella.

Después de muchos ruegos y propuestas, ella al final decidió 'hacerlo' al lado de la pared norte del corral, pero por el exterior, allí: en la praderita salpicada por algunas delicadas flores y abundantes cagarrutas de oveja. Él, con ánimo presto, arrancó unas ramas de enebro de mala manera y procedió a fabricar un escobón improvisado para limpiar un poco el suelo.

Volvieron a mirar alrededor, y al refugio de la pared, ella se estiró en el suelo, metió las manos por debajo de la falda y bajó su ropa interior. El se quedó mirando pero no vio nada que no fueran las braguitas de ella, cuando quiso averiguar que había debajo de la falda, ella le soltó una sonora bofetada, y le advirtió que habían venido a 'hacerlo', no a hacer 'guarradas', y que si volvía a molestarla se iba sin 'hacerlo'.

Se dio la vuelta, medio apesadumbrado y temeroso que ella se enfadara y que pudieran acabar, se bajo a cremallera y saco su 'cosa'. Se tumbó encima de ella e intentó deslizar la mano para dirigir la operación, pero ella le cogió por los hombros, le miró fijamente y le espetó que si volvía a hacerlo se acababa.

Allí estaba como un pasmarote, con su 'cosa' pequeñita, estirado encima de una chica, cuyo 'roto' no podía ni ver ni tocar, y moviéndose un poco como los perros. Pero desde luego aquello no tenía nada de especial, más bien era

incómodo, para ella por la piedra que se le clavaba en la paletilla, y para él por que no entendía que aquello fuera tan maravilloso sin poder ver, tocar ni sentir.

Al cabo de un rato ella le dijo que si quería podía besarla como en las películas. Él asintió, sin saber muy bien a que se refería, pero ella le cogió por la nuca y juntó sus labios, entonces ella le dijo que tenía que abrir la boca, y así lo hizo, y juntaron sus bocas bien abiertas, pero nada más, y él seguía preguntándose que qué tenía aquello de maravilloso.

Cuando empezaba a aburrirse comenzó la diversión. Enfrascados como estaban en ahora para aquí, ahora para allá, pero sin haber acertado aún a la consumación, les costó oír el ruido del carro que subía hacia los corrales para acarrear los cuatro haces que quedaban en la tierra colindante.

Les devolvió a la realidad el ‘¡Arre, Torda!’, del arriero a la mula delantera del carro de varas. Como si le hubieran tirado a un cirate de cardos dio un respingo de cuidado, y casi no se había puesto en pie que ya tenía los pantalones abrochados. Algo más le costó a ella tirar para arriba de la bragas, pero aún así lo hizo con tal diligencia que apenas pasaron unos segundos.

Se asomó a la esquina del corral y vio entrando al camino al carro, pero no pudo identificar quién era, ni tenía tiempo para ello. Por señas le dijo a ella que tirara hacia Hinojar un poco, y que cuando el carro estuviera bien metido dentro de la pradera, bajara para Alcubilla. Él, corriendo y manteniendo el corral a sus espaldas, se lanzó por la tierra hacia la carretera de Quintanilla, que aunque quedaba bien lejos, a la velocidad que iba apenas tardó un ratillo.

Poco más de media hora más tarde entraban los dos al pueblo, ella por las bodegas y la calleja de la cuesta, él por la carretera de Quintanilla, y con tal fortuna que ambos se fueron a encontrar en la esquina del carretero. Pero nada se dijeron aunque se incomodaron, pero había gente que les había visto llegar de caminos diferentes.

Se fue directamente a la fuente de arriba, y bebió un buen trago de agua fresca, luego se refresco el pescuezo, se fue por los cañamares y en el primer manzano que encontró se cogió un par de piezas para aliviar el hambre. Estuvo un rato más enredando en los huertos pero sin realizar fechoría alguna hasta que decidió ir a casa para la cena.

Al llegar le sorprendió ver a su padre. Los domingos por la tarde a esas horas siempre estaba de merienda en la bodega con los amigos. Que estuviera su madre era normal, ya que las mujeres acababan antes de jugar a la brisca.

Su padre, con los brazos cruzados, el cejo fruncido, y la voz más grave de lo habitual empezó con el interrogatorio:

- ¿De donde venías por la carretera de Quintanilla?
- No te he dicho cien veces que no cojas nada de un huerto que no sea nuestro.
- ¿Qué hacías en los corrales del Roble?
- ¿por qué ibas corriendo....?

¿Cómo era posible que su padre supiera todo lo que había echo aquella tarde? Le parecía imposible que en apenas un rato lo supiera todo. ¿Todo?, y empezó a temblar... si lo sabía todo, íbamos mal. De momento no había dicho nada de ella, pero seguro que venía después. Fue inventándose lo que pudo y como pudo, que si había ido a ver la suerte del monte para buscar una horquilla para el tirachinas (pero claro, no la llevaba y por tanto debió decir que no la encontró), que si iba corriendo porque había visto un conejo y lo estaba siguiendo (pero claro, no había ningún conejo porque no lo pilló), que si luego se había ido por los corrales de Valdefrades para bajar a la carretera, (pero claro, no tenían nada en los corrales de Valdefrades, y no supo que inventar), y por fin que lo de las manzanas, es que estaban en el suelo, en el camino y que las habría tirado algún pájaro y para que no se pudrieran pues la había recogido.

Pensó que su padre no se había creído nada, como así era, pero el hombre se volvió hacia la merienda en la bodega donde le habían informado extensamente sobre las actividades de su hijo, por lo menos, con alguna respuesta.

Madre fue más dura, cuando padre salió por la puerta se plantó delante de él y le dio una bofetada bien dada, y con el dedo en alto le dijo:

- Cómo en nueve meses tengamos un disgusto con la chica del Luis, te mato.

Nunca llegó a saber como su padre se había enterado de todo, pero realmente estaba asustado con su madre, que no tan solo sabía que había hecho sino con quién. Pero si todos estaban en la bodega o jugando a la brisca... ¿quién?

Y se pasó nueve meses asustado, esperando el disgusto. Durante las fiestas de aquel año no se atrevió a pedirle de bailar, y casi nunca más le dirigió la palabra, aunque a menudo se la miraba a conciencia para ver si había 'disgusto'.